

y absurdo, de las distintas estructuras que sustentan lo cotidiano, las distintas opciones que oculta la aparente realidad tangible, la posibilidad de enfrentarse a ese entorno real, lleno de posibilidades, con un plan de ataque, un guión premeditado. En El castillo..., en realidad, no ocurre absolutamente nada, pero puede ocurrir absolutamente todo. Como en la vida; como el concepto de vida que Tomeo —tal vez sin querer— da a entender.

Esta misma situación (el personaje aislado que inicia un diálogo con las distintas realidades posibles-imposibles que lo rodean) se repite en otros relatos del mismo autor (2). También se repiten otros elementos: el humor (que alguien ha situado, con fortuna, entre Kafka y Buñuel), el lenguaje directo (sin alardes retóricos ni barroquismos inútiles), la lógica del absurdo, la personal y algo cinematográfica descripción de movimientos, etcétera. Todo ello desemboca en un producto enormemente interesante, de agradable lectura, al que es difícil encontrar parangón —por sus peculiares características— en la narrativa castellana de los últimos años. ■ CARLOS SANTOS

(2) Javier Tomeo, aragonés, afincado en Catalunya, cuarenta y dos años, abogado y criminalista, habla publicado hasta la fecha numerosos relatos y cuatro novelas: El cazador (1968), Ceguera al azul (1969), El unicornio (Premio Novela Corta Ciudad de Barbastro, 1971) y Los enemigos (1974).

## Vietnam, antes del apocalipsis

ERAN los primeros años cincuenta. Comenzaba a activarse la bomba que, en la década siguiente, les estallaría en las manos a los norteamericanos. En ese escenario convulso, del que, poco a poco, iban siendo desplazados los colonialistas franceses, del que, a fuerza de terrorismo, los norteamericanos iban metiendo como una cuña su tercera vía —el títere Ngo Dinh Diem, que les obligaría finalmente a intervenir en la guerra—, Graham Greene construyó una triangular historia de amor y de amistad (a pesar de todo). Fowler, el periodista, cansado, escéptico, pero con buen olfato, formaba uno de los ángulos. Alden Pyle, el joven norteamericano, intrépido, decidido, que es en realidad, camuflado en la Misión de Ayuda Eco-



James Hadley Chase.

nómica, un agente secreto, es el otro. Y en medio, pasando de unas manos a otras, Fuong, la joven vietnamita.

Con estos ingredientes, Greene logró una excelente novela, "El americano imposible" (1). Todavía los jinetes apocalípticos no habían hecho su aparición. Aguardaban. La Libertad, el Mundo Libre —intentaba vencerle Pyle a Fowler— no podía defenderse con franceses como el capitán Trouin, que detestaba bombardear con "napalm". ¿Qué lejos estaba ese infeliz del extravagante general de la película de Coppola que se extasia con el olor del "napalm"!

Coincidencias editoriales han hecho que aparezca esta novela de Greene tras otra, en la que el Vietnam de los años cincuenta es también escenario de la acción. Me refiero a "Un loto para miss Quon", del prolífico James Hadley Chase (2).

Salvo el escenario, poco más tienen en común estas dos novelas. La de Greene es claramente política, mientras que la de Chase no lo es.

A pesar de todo, y eso se ve en las dos novelas, Vietnam es todavía un sitio lo suficientemente lejano y exótico, como para que los occidentales, lejos de la mujer amada/odiada, se dediquen —las mujeres de los occidentales, estilo "Emmanuelle", traen problemas— a disfrutar del amor oriental.

(1) Publicada hace diez años por Alianza Editorial, la ha incluido Bruguera en su recién salida colección de cien títulos de literatura universal. Barcelona, 1980.

(2) También publicada por Bruguera en su interesante colección de novelas policíacas. Barcelona, 1980. Estaba editada desde hace años por Emecé de Buenos Aires.



Graham Greene.

Estas características externas también las posee Fowler, el periodista británico de Greene. Pero además, al contrario de Jaffe, que no tiene ojos más que para los diamantes, el periodista sabe que el tiempo de los colonizadores franceses —él, que pertenece a un país imperialista en decadencia— se ha acabado.

La solución no está en tapaderas como la Misión de Ayuda Económica. La democracia, la libertad, Occidente, el anticomunismo, nos dice Fowler-Greene, no son motivos suficientes como para justificar esa nueva penetración. El viejo Fowler le dice a su amigo Pyle: "Dentro de quince años tal vez no existan ni Nueva York ni Londres, pero éstos seguirán plantando arroz en estos campos, seguirán llevando sus productos al mercado sobre esos palos largos..."

El lector de hoy, que ya conoce en qué acabó la aventura norteamericana, que ya ha visto el personal "Apocalipsis" de Coppola, no tiene otro remedio que agradecer al viejo Greene su clarividencia. Hace veinticinco años escribió una magnífica novela con un mensaje. El tiempo le ha dado la razón. ■ JAVIER GOÑI.

## Remilgados, abstenerse

CURIOSISIMO fenómeno: ya no hay críticas que digan que un libro está mal, ni siquiera que no convence. En todas, por contra, relucen expresiones como "un impecable (o implacable, según rigor)". Por eso resulta difícil exponer, más allá de la maraña de tópicos semánticos, las razones por las que una novela lle-

ga no sólo a gustar, sino a refocilar.

El nombre del americano John Irving probablemente, a priori, no dice nada. Y, sin embargo, es autor de una novela de tremenda calidad, "El mundo según Garp" (1), publicada hace ya tiempo entre nosotros y que no ha suscitado, vaya usted a saber por qué, ningún revuelo, y eso que el simple volumen considerable del libro ya debiera de haber alertado.

Nos hallamos ante una novela de esas cuya semilla hemos estupidamente dejado perder los españoles, una obra que enlaza con la gran escuela cervantina anglosajona; de la estirpe de un "Tristan Shandy". Irving disfruta cual cosaco según escribe, y no se anda con remilgos: su relato está lleno de vulgaridad y bastedad, es refrescante en cada página, nos abruma a carcajadas suscitadas por repiques de pedoretas, lluvias de polvos y revoluciones en todos los lodos apetecibles. Diríamos que Irving hace tabla rasa de todo apriorismo sobre mojigaterías o despiantes, y se centra en narrar trepidantemente unas aventuras que no escurren el bulto a ninguna precocidad ni tampoco —y en esa fusión está uno de los más acertados logros— a la autorreflexión estilística; pero todo ello siempre ironizando, que "sonar" serio no puede ser bueno para la salud.

Los diálogos de Irving mantienen también una envidiable marcha que aúna la chabacanería con la utilización del absurdo más quintaesenciado. Diálogos madre-hijo, marido-mujer, amante-amante, feminista-transsexual, escritor-editor: lo que le echen, Irving se atreve a todo y el resultado es un jolgorio loco. Porque, además, tan desproporcionado material nunca lo encara con un barroquismo pernicioso, sino siempre con un humor conciso, misterioso y sensual en su misma reticencia.

Pero "El mundo según Garp" es obra de humor precisamente porque pocas novelas parten del desespero de donde nace ésta. Es novela plagada de violencia, muertes, atentados, violaciones, crueldades. Pasan tantas cosas como en las series americanas de televisión: pero es que además pasa que se ironiza con tantísimo

(1) Argos-Vergara, 1979.

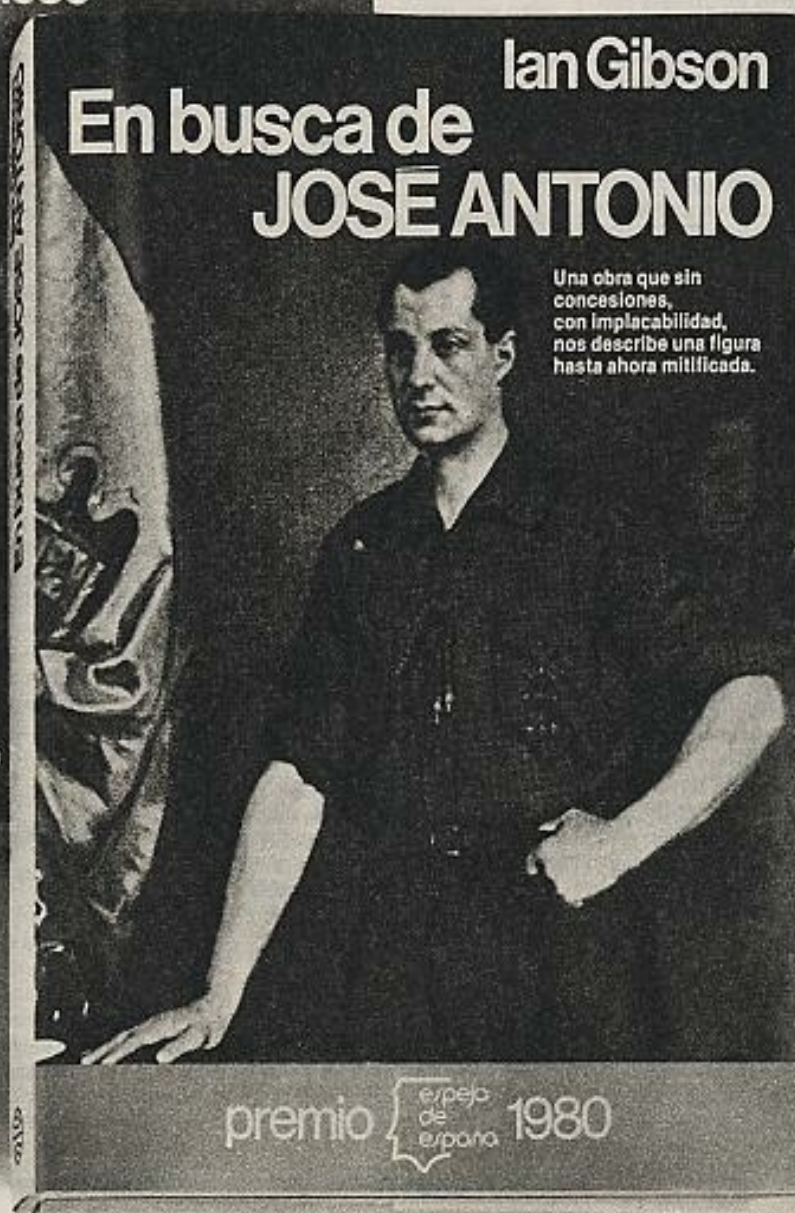
# DOS LIBROS QUE RECUPERAN NUESTRA HISTORIA.

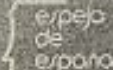


Una visión objetiva,  
certera y desapasionada  
de la Segunda República

 **PLANETA**

Lo que usted no sabía  
sobre José Antonio



premio  1980

dolor, pasa que la compasión (que no la piedad, emoción tan hija en el fondo del desprecio) lo preside todo. La búsqueda de refugio, las feroces dentelladas de la vida, el desquiciamiento de todo lo que intentamos se adhieren, como sangre que va coagulándose en una gigantesca herida, a la novela entera: no en vano Irving habla de cosas como las relaciones hombre-mujer, la estulticia cotidiana, el peligro acechante en cada esquina, los torvos terrores sin nombre.

Ocurre que estamos ante un

novelista capaz de utilizar con oblicua sabiduría y total desfachatez las propias obsesiones de escritor y de hombre contemporáneo; alguien que conoce que sin memoria, sin peso personal, no hay novela que se mantenga en pie; alguien que no obstante sabe muy bien que hay que ir más lejos, que "es mejor imaginar algo que recordar algo". Por eso, como la vida es demasiado (sic), y todo lo desbarajusta, Irving apuesta por la novela con argumento, con sucesos tremebundos y fútiles, con pasiones y

desinflatamientos, con fragmentos literarios interpolados, con comentarios sobre la prensa y la televisión, hasta con epílogo. Es por tanto una toma de postura inequívoca contra esos "discursos" que pretenden pasar por novelas, contra tanta "opera aperta" que lo único que nos abre es el bostezo. Irving no le hace ascos a ningún elemento "popular", y queda claro de que es porque esas cosas le gustan.

Es, asimismo, al fin, una novela masculina. En las antipodas del machismo: dudosa, pero

enérgica, brava y tiernísima. Es la novela de un hombre al que le entusiasman las mujeres, a quien le enloquece de alegría estar con ellas, verlas hablar, envidiarlas, saberse prójimo de ellas. La novela de quien no ignora que, al final, todos calvos, todos "casos perdidos", pero que, por eso mismo, hay que vivir y escribir con energía, aunque sólo sea porque "una novela sólo es un alma... de todas las cosas importantes que un novelista no es capaz de emplear en su vida". ■

MIGUEL BAYON.

## La nueva postura

**C**OMO los títulos obligan, "Viva la clase media", la película de José María González Sinde, incluye la secuencia de una boda. Viene a valer por la de "El cazador", aunque con los debidos distinguos en metraje, extras, diálogos, bebidas e ideología. En la ceremonia del último film del equipo Garci-Sinde, la escurrida multitud, amojamada y hasta hecha cachitos, da pruebas de una absoluta singularidad ibérica que constituye el mayor mérito de la película; tiene otros, pero éste es, a mi parecer, el de más porte. Y así, uno de los invitados se acerca a los novios, y en las antipodas del amigo seráfico de la boda de Cimino, les sacude la palmada carpetovetónica antes de entregarles un regalo imposible en las comunidades rusas de la costa Este: la suscripción a TRIUNFO por un año.

"Viva la clase media", como no la firman Cimino, Coppola, Lucas, Milius y otros sensibles muchachos, hijos todos del dólar y la madre que les parió, resulta por fuerza una película española hasta las cachas. De modo que nos da la crónica de los tiempos sombríos en que aquí se cantaba si el vino y la esperanza se subían a la cabeza, se sembraba subversión impresa antes del alba para uso de madrugadores y servicios de limpieza, se celebraban seminarios marxistas en los cafés, camuflados por el ejercicio del 1-X-2, gimnasia tan útil como el jogging, y se iba a la cárcel cuando le petaba a la BIS, que también hacía sus quinieras. Sinde, al contarnos eso, y lo que lo enmarcaba y sostenía, ha conseguido una película que, por nuestra, aviva el seso, encoge a ratos el estómago, nos lleva a reírnos más de una vez de nuestra amable memoria y, para postre, nos devuelve a la calle con la aterradora sensación de que en este país, autóctono, lo que se dice autóctono, sólo nos queda el chorizo.

Y cuando hablo de chorizos no aludo, claro es, a la vieja quintaesencia curada en tripa y capaz de levantar a un muerto, sino a otra criatura semántica de menor edad y cuya imagen es la del individuo amigo de

afanar lo ajeno en cantidades módicas y condiciones precarias. Por otra parte, parece obligado añadir que la reflexión regalada por el film de Sinde no señala tanto a la época que recrea como a sus consecuencias, y es que en aquellos años 60, cuando los hijos de la pequeña burguesía se acercaron al PCE a militar contra la dictadura, cualquier improvisación resultaba inexorable y todas las ilusiones, incluidas las referentes al futuro, necesarias. Vayanse los fracasos y el cansancio por la siembra y la ejemplaridad. Lo desalentador es el regreso, tras el final de la película, a los duros

—figura nacida extramuros del texto constitucional— no le caracteriza la falta de inteligencia, sino el uso rastroso que de ella hace; o de otro modo, aplicarla a expositivos que regalan un medro rápido, pero un futuro azaroso. Siempre hay que contar con las honrosas excepciones de siempre, pero chorizos fueron aquí empresarios de telares mágicos, intelectuales que mostraban cualquier crepúsculo menos el real, políticos de "adunatas ocedónicas" y un largo etcétera de variantes que pulularon por los más diversos parajes del territorio patrio. Y como en esa escuela se criaron los ejecutivos del desarrollo, los empleados de la transición, los predicadores del deshielo y los tribunos todos de nuestra derecha, el chorizo —en la nueva acepción común que quiere a un hombre trapacero, improvisador, cosido a su interés más inmediato y de espaldas al palo que llega— abunda en mayor medida de lo tolerable.

El problema estriba, sin embargo y sobre todo, en que el chorizo —variante degradada del pícaro— no es patrimonio del bloque social hegemónico. Chorizos aquí podemos serlo la generalidad, de Adolfo Suárez abajo, en cuanto nos descuidemos y la presión del medio nos descoloque una pizca. La ética de Cantimpalos puede afectar lo mismo a los pimpantes eruditos a la violeta que a las casas discográficas, al defensor de un arte exportable que al empresario indeciso sobre el abono de las cuotas de la Seguridad Social, a una buena parte de las bases sindicales, a un creciente número de militantes de izquierda y, por descontado, a esa ciudadanía que entrega su voto conforme a alquitarados cálculos que entrañan una mórbida atención al puchero. La impresión de que aquí casi nadie está en su sitio ni se afana en lo que sabe empieza a ser una certidumbre, verificable por un áspero, extendido y recio olor a pimentón.

Las conclusiones en torno al asunto parecen obvias. O cambiamos esta moral del que se cura en salud o no podremos cambiar ni la hora. ■

# CHORIZOS

## ISAAC MONTERO

tiempos presentes, donde el chorizo protagoniza los primeros planos de la entera vida nacional con los modales apenas renovados, otorgando una absoluta actualidad al regalo nupcial de aquellas catacumbas, así sólo sea para indicar que el tiempo también se encharca.

En estas mismas páginas, una pluma con la que suelo estar de acuerdo sostenía no ha mucho una tesis contraria a la recién expuesta. Para Fernando López Agudín, la pluma aludida, calificar de chorizos a los príncipes que hoy nos gobiernan constituye un error nacido de la ceguera ante la realidad. En otras palabras, tal definición no sería otra cosa que un exorcismo verbal mediante el cual se bloquea la comprensión de un enemigo caracterizado por la inteligencia en la defensa de sus intereses de clase. Evidentemente, las razones de mi desacuerdo no van por ahí. Ni el partido del señor Suárez, ni los de los señores Garraicochea, Pujol y otros asimilados los forman cretinos. Pero que se sepa, al chori-